



RECTORÍA DE NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN

Hora Santa Juvenil



Canto entrada y exposición del Santísimo Sacramento

1. Cristo se acerca al que sufre.

La adversidad, el sufrimiento, forma parte de nuestra existencia. Una infinita gama de dolor, de sufrimiento acosan al ser humano. El mal, el sufrimiento, no entraba en los planes de Dios, el pecado nos lo trajo y desde entonces se pasea entre nosotros. Para el cristiano la enfermedad, el dolor, tiene que ser una escuela de santificación, “signo de predilección divina”, oportunidad de crecimiento.

“¿Puede engendrar felicidad la adversidad? Puede engendrar, al menos, muchas cosas: Honra de alma, plenitud de condición humana, nuevos caminos para descubrir más luz, para acercarnos a Dios. Por eso no hay que tenerle miedo al dolor. Lo mismo que no le tenemos miedo a la noche. Sabemos que el sol sigue saliendo aunque no lo veamos. Sabemos que volverá. Dios no desaparece cuando sufrimos. Está ahí, de otro modo, como está el sol, cuando se ha ido de nuestros ojos (José Luis Martín Descalzo)”.

Cristo sintió el amargor del cáliz y el abandono del Padre. Sufrió y asumió el sufrimiento como instrumento de salvación. Él vino para salvar siempre. “Vayan y cuenten a Juan lo que acaban de ver y oír: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia” (Lc 7, 22). Según el Evangelio, Cristo recorría toda Galilea enseñando y curando toda enfermedad y dolencia...Y se extendía su fama y le traían a todos los que padecían algún mal: a los atacados de diferentes enfermedades y dolores y a los endemoniados, lunáticos y parálíticos; y los curaba (Mt 40, 23-25).

Cristo se acerca al que sufre y con Él usa gestos de amor: palabras, silencios... Como siente compasión por el que sufre, a todos sana. Cristo sigue acercándose a cada uno de los que sufren. Será bueno tener fe en Él y poner los ojos en Él, no estar sin su presencia y amistad.

Ahora reflexionemos de forma personal

Mira al Señor, en la Eucaristía, recuerda cómo a través del sufrimiento de la cruz Él elige el sufrimiento, y comprende el tuyo. Ofrécele tu sufrimiento.





Momento de silencio orante

2. Dios no nos abandona jamás

El Dios que se nos revela en Jesús es un Dios que comparte con el ser humano su situación, la de caminante y peregrino, la de un ser débil como el barro. Sentirse débil, cansado, perdido y rezar a Dios, es disipar dudas, temores, reponer fuerzas para seguir en el camino.

En los momentos de dificultad, hay que doblar la rodilla y levantar el corazón y la mirada al cielo. “A voz en grito clamo al Señor, a voz en grito suplico al Señor; desahogo ante él mis afanes, expongo ante él mi angustia” (Sal 141, 2).

El itinerario de la oración pasa por noches que son pruebas de angustia y desesperación. “Cuando nos veamos cubiertos de tinieblas, sobre todo si no somos nosotros la causa, no temblemos. Considera que estas tinieblas que te cubren te las ha enviado la providencia de Dios, por razones que solo Él conoce, pues nuestra alma, a veces se ahoga y es engullida por las olas. Entonces, aunque nos dediquemos a la lectura de las Escrituras o a la oración, hagamos lo que hagamos nos encerramos cada vez más en las tinieblas (...). Son unos momentos llenos de desesperación y temor, porque la esperanza en Dios y el consuelo de la fe han abandonado totalmente al alma, que está llena de dudas y angustia.

Aquellos a quienes la confusión ha puesto a prueba, en un momento determinado, sabrán que al final se producirá un cambio. Dios no nos abandona jamás en ese estado, pues eso destruiría la esperanza (...) sino que la permite salir rápidamente de esta situación.

Bienaventurado el que soporte estas tentaciones... Después de la gracia viene la prueba. Hay un tiempo para la prueba. Y hay también un tiempo para el consuelo” (Isaac El Sirio)
El reto ante el sufrimiento consiste en darle respuesta. Si se sufre sin sentido, es peligroso; si se le da sentido, purifica, limpia; es medio de redención; es esperanza.

El reto ante el sufrimiento consiste en darle respuesta. Si se sufre sin sentido, es peligroso; si se le da sentido, purifica, limpia; es medio de redención; es esperanza.

Ahora reflexionemos de forma personal

¿Ante nuestros momentos de dificultad, buscamos a Dios? ¿Dejamos que el temor nos haga olvidar que somos Hijos de Dios?



Momento de silencio orante



3. Pidámosle a Dios sin dudar.

El sufrimiento purifica. Ante cualquier tragedia o cruz, sobran todas las explicaciones. Sólo la fe, el silencio y el misterio tienen la respuesta acertada. Cuando el dolor aprieta, cuando las calamidades públicas azotan sin compasión, en momentos de dificultad la gente eleva los ojos a Dios.

El Maestro invita a ser sus discípulos, a seguirle, a cargar con la cruz, a dar la vida por los demás. En la historia ha habido testimonios elocuentes de entrega como el P. Damián, Madre Teresa, P. Maximiliano Kolbe... Muchos otros, sin ser tan famosos, donan órganos para que otros puedan aprovecharse de ellos.

Es bueno pedir, sin dudar. El Pastor de Hermas, decía: "Pídele sin titubear y conocerás que su gran misericordia no te abandona, sino que dará cumplimiento a la petición de tu alma". Es bien conocida la oración: "Dios concédeme serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar. Valor para cambiar aquellas cosas que puedo, y sabiduría para reconocer la diferencia".

Ahora reflexionemos de forma personal

Cristo Sufrió y asumió el sufrimiento como instrumento de salvación ¿Podremos seguir su ejemplo?



Momento de silencio orante

4. Te expongo mi causa y aguardo

Te expongo mi causa, y me quedo aguardando.

¿Oyes mi clamor, Señor, como en otro tiempo escuchaste el clamor del pueblo de Israel?

¿Prestas oído a mis súplicas?

Sondea, Señor, mi corazón. Te pertenece. Te expongo mi causa, y me quedo aguardando.

Yo te llamo, respóndeme, Señor.

Haz prodigios de lealtad conmigo, Señor.

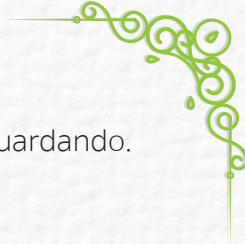
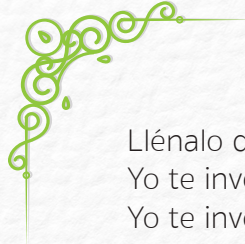
Guárdame como a la niña de tus ojos.

Me siento abrumada por el peso de la vida, por las preguntas sin respuesta, por tantas cosas que no entiendo... Te expongo mi causa, y me quedo aguardando.

Sondea, Señor, mi corazón. Te pertenece.

Llévalo de confianza, pues sabes lo que me conviene.





Llévalo de confianza pues Tú estás a nuestro favor. Te expongo mi causa, y me quedo aguardando.
Yo te invoco porque Tú me respondes
Yo te invoco porque inclinas a mí tu oído.
Yo te invoco porque escuchas mis palabras.
Yo te invoco porque... (se puede participar: Por qué invocamos al Señor...)
Te expongo mi causa, y me quedo aguardando.
Guárdame como a la niña de tus ojos.
Escóndeme a la sombra de tus alas.
Sálvame de mí misma(o) cuando me engaño y extravió.
Estoy en tu Presencia: Sálvame, protégeme, cuidame, despiértame para saciarme de tu Presencia.

(Salmo 16: "Te expongo mi causa y aguardo")

En este año de la Familia, pidamos por las familias perseguidas.

Dios todopoderoso, me detengo a mirar a María. Ella vivió las mismas certezas e incertidumbres que yo vivo.

No sabía cómo iba a dar a luz al Salvador, ni cómo iba a cuidar los pasos del Niño. No sabía que su Sagrada Familia sería perseguida ni que después tendría que huir a otro país. Se abrió a los planes de ese Dios que prometía cubrirla con su sombra y no dejar nunca de cuidar sus pasos.

Por intercesión de la Sagrada Familia, te pedimos, Señor, por quienes sufren persecución a causa de la injusticia, en diversas partes del mundo, para que les des fe, paciencia y caridad, y puedan ser testimonio de la esperanza en un mundo roto.

Amén.

Bendición y Reserva.



Referencias Bibliográficas

Navarro, E. Orar desde la adversidad, Catholic. Net recuperado de http://es.catholic.net/op/articulos/63504/catholic-net.html?fb_comment_id=1532020266842350_1534897119887998#modal